

Renán Silva. *Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada: Contribución a un análisis histórico de la formación intelectual de la sociedad colombiana*. Bogotá: Banco de la República, 1993. 477 páginas.

«*La ciencia histórica ve crecer, al progresar, las regiones silenciosas de donde ha estado ausente*».

Michel de Certeau

1. ¿Un método provisional?

¿Historia de la educación, sociología de la cultura, historia de las ideas y las ideologías, sociología histórica de la intelectualidad, relato sobre los orígenes de las instituciones universitarias, arqueología y genealogía de las relaciones saber-poder en el movimiento ilustrado criollo...?

Obligado a ser él mismo el inventor de su propia tradición, Renán Silva publica ahora este libro, el cual, de modo complejo, avanzay a la vez retrocede sobre el terreno abierto en sus trabajos anteriores.¹ Se trata de una navegación por todos estos itinerarios, pero que se resiste a permanecer satisfecha en cualquiera de ellos. Luego de revisar los principales elementos de «Universidad y Sociedad», hemos de volver sobre algunos posibles significados de este «nomadismo investigativo» en el contexto de nuestra naciente historiografía.

No puede entenderse del todo «*Universidad y Sociedad*», un texto prolífico y moroso, exasperante a ratos, irónico y gruñón en otros, luminoso y aleccionador al fin; si no se sabe que ha sido escrito como respuesta —y en ocasiones como negación— a las líneas abiertas en un trabajo anterior del mismo autor.² Como creo que sus potencias y debilidades dependen de este carácter de contramarcha sobre sí mismo —primera lección de valor y creatividad intelectual del trabajo del profesor Silva—; y porque, a causa de la ineptitud editorial de nuestras universidades públicas «modernas», ese estudio pasó desapercibido; he optado, para reseñar «Universidad y Sociedad», por evaluar los resultados históricos y teóricos que median entre los dos libros.

¹ Martínez B. Alberto; Silva, Renán, «La Reforma de Estudios en el Nuevo Reino de Granada, 1767-1790». Silva, Renán. *Dos Estudios sobre Educación en la Colonia* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1983 1a. ed. 1981). *Saber, Cultura y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada. Siglos XVII-XVIII* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1984) *Prensa y Revolución afinales del siglo XVIII* (Bogotá: Banco de la República, 1989). En la Universidad del Valle ha publicado también otra línea de estudios sobre historia colonial: historia de las clases subalternas e historia de las epidemias que afectaron la vida santafereña.

² Silva, *Saber, Cultura y Sociedad*, realizado en el marco del Proyecto Interuniversitario «Hacia una Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia», grupo que con éxito variable, ha realizado una apropiación criolla de los aportes de Michel Foucault a la historia de los saberes.

Por su enfoque y su método, «*Saber*» se ocupaba precisamente de «las prácticas de saber» en las instituciones «de educación superior» en el Nuevo Reino de Granada, explorando en especial las relaciones entre «los sujetos (de saber), las instituciones y los discursos» para explicar las condiciones internas de jerarquización, funcionamiento y transmisión de los conocimientos, e iniciaba un acercamiento a su función e impacto «hacia afuera», en el conjunto de la sociedad colonial. Como resultado teórico, propuso una constelación de nociones teóricas, que prometían una gran productividad para reevaluar las visiones, dijéramos «tradicionales», del mundo letrado colombiano de los siglos XVI a XVIII: nociones como la de «Formas de Transmisión del Conocimiento», para pensar los métodos de enseñanza; una noción como «corporaciones de saber», para que el término «universidad» no mantuviese el equívoco de nombrar una institución totalmente distinta de la que hoy conocemos por tal. O nociones como las de «cultura del manuscrito» o «cultura de la disputación», que además de fecundar el debate sobre los problemas de la «hegemonía cultural» y la «ideología» en una sociedad colonizada, catequizada, jerarquizada y racista; aportan imágenes bastante vivas sobre los mecanismos de pensamiento de una sociedad que se construyó dos siglos al margen de los efectos técnicos, culturales y políticos de la revolución de la imprenta. Y permiten asomarnos a nuestra diferencia con una sociedad que, en lugar de incómoda, se sintió orgullosa de repetir, ritual y obediente, durante esos dos siglos, los mismos argumentos teológicos en un idioma que estaba al alcance de poquísimos. ¿Cuántos? ¿Quiénes? ¿Por cuáles canales? Bueno, éstas eran algunas de las preguntas prácticas —de historia social— abiertas por «*Saber*», a las cuales dedicó Silva varios años y las 273 páginas de sus dos primeros capítulos de «*Universidad*»: «Apuntes para una historia cuantitativa de la población universitaria en la sociedad colonial», y «El perfil histórico de estudiantes y catedráticos».³ Entre un libro y otro, la apuesta, el riesgo, ha sido saber si la aplicación de una metodología sofisticada en el terreno de las ideas, —que en «*Saber*» pesaba a veces en demasiá— podía producir resultados válidos *antes* de disponer de una historia cuantitativa y socio-política del «fenómeno educativo» en cuestión. Parafraseando la situación del Plan de Estudios de Moreno y Escanden en 1774, ¿qué tan provisionales podían ser todas esas nociones «arqueológicas» en un país que aún no ha recogido los datos materiales de sus procesos socio-culturales? Los resultados han sido interesantes, desde los dos puntos de vista, el de la historia social, y el de la historia de las prácticas discursivas.

³ No puede dejar de señalarse que «Universidad» es la respuesta a las preguntas abiertas por la investigación sobre los saberes, que echaba de menos una historia de la población universitaria: «las distintas jerarquías dentro del grupo intelectual», su «perfil sociocultural», su «división de funciones en el ámbito ocupacional . . . para aspirar a captar sobre una base material firme procesos relacionados con la difusión y circulación de conocimientos, doctrinas y saberes, con vistas a un estudio fundamentado de las relaciones entre saber y sociedad». *Silva, Saber, cultura y Sociedad* 56.

2. Contar escolares en la colonia

En líneas generales, los resultados cuantitativos confirmaron algunos análisis cualitativos que había señalado el autor.

El origen social de cursantes y catedráticos, a partir de descendientes de conquistadores y encomenderos empobrecidos; su procedencia geográfica mayoritaria en Santa Fé con una mayor apertura regional hacia la segunda mitad del siglo XVIII; la dominancia de los clérigos letRADos como grupo intelectual, pero a la vez aparición paulatina de un grupo estable de «letrados civiles» dedicados a las jurisprudencia; la importancia jerarquizada de los saberes coloniales: gramática, filosofía, teología y derecho, y la importancia progresivamente creciente de este ultimo; el rango de funcionarios civiles y eclesiásticos altos, medios y «bajos» (en especial los párrocos) que proveían las universidades; la fijeza y la monotonía del funcionamiento corporativo de estas instituciones, como conservadoras de un orden de exclusiones, preeminencias y jerarquías sociales, en una sociedad donde el poder se vivía como «sinónimo de privilegio».

Pero el trabajo cuantitativo logra sacar a luz tanto procesos generales, como detalles al parecer nimios que matizan y limitan la «pureza estadística»: bien sean las curvas de crisis o crecimiento de los Colegios Mayor de San Bartolomé y Mayor de Nuestra Señora del Rosario, los «únicos centros escolares que de manera regular sostuvieron prácticas de enseñanza que habilitaban para conseguir títulos. . . y «colegios-universidades» en los que se formó el grupo intelectual superior en el Nuevo Reino de Granada»,⁴ curvas de las que a veces es difícil diferenciar a eclesiásticos de laicos; sea la cantidad de cursantes que pasaban de una «facultad» a otra, (entendiendo que aquí no se trataba de «orientación profesional», sino de una secuencia canónica de saberes que se debía recorrer); tal los cuadros de clases de escolares (colegiales o becarios; convictores o porcionistas, familiares o fábulos y manteistas o manteos, siendo en ocasiones difícil saber cuándo, al ir variando las condiciones sociales, eran algunos grupos incluidos o excluidos del conteo); bien los porcentajes variables de escolares clérigos, de órdenes regulares y seculares (entendiendo que a veces estas categorías eran ambiguas); otrosí los porcentajes de procedencia familiar de los cursantes (entendiendo también que las categorías «noble», «poblador», «comerciante» tampoco pueden ser traducidas como indicadores de «clase social» unívocos).

Sorprendiendo a los ortodoxos de los «métodos cuantitativos», con un tratamiento elemental del material estadístico (suma, resta y porcentaje), Silva muestra que tanto por la fragmentariedad de las fuentes numéricas, pero sobre todo, por la anomalía permanente de las condiciones de producción de esos registros, que exige una familiaridad con los matices cotidianos y coyunturales de la vida colonial; «en Historia de la Cultura, la cuantificación muestra sus grandes virtudes, pero sus innumerables límites... .pues facilita acceder a fenómenos importantes pero hasta cierto punto *formales* en el proceso de difusión de un saber: circulación amplia o

⁴ Silva, *Saber, Cultura y Sociedad* 27.

restringida, posible distribución entre los estratos sociales, dispersión regional; pero no permite acceder al problema crucial, «cualitativo».. del *tipo de saber*, de sus *usos sociales*...de las luchas sociales en que el enunciado circula...», (pag. 112)

3. Qué es primero: el saber o lo social?

Lo anterior no significa que el autor vuelva «al modo como antes», a la acuñación de conceptos arqueológicos y genealógicos para leer su documentación, como había hecho en «*Saber*». Su opción decidida por el acercamiento sociológico lo conduce, paso a paso, hacia un tercer capítulo, «Los intelectuales y la sociedad», donde en 163 páginas con sus copiosas notas —casi un libro paralelo—, alcanza, a mi gusto de lector de historia, un brillante equilibrio: original análisis de una sola fuente (un catálogo de escolares graduados en San Bartolomé, entre 1605 y 1719), para definir, a partir de su destino social y laboral, las características de los tres sectores intelectuales coloniales: la intelectualidad eclesiástica, la intelectualidad civil y la intelectualidad docente. Aquí, un análisis de eco gramsciano, como un uso —temperado— del método arqueológico (identificar relaciones sujeto-discurso-institución, y procedimientos de apropiación y circulación local de saberes), proporciona los aportes más interesantes del libro: Uno, la reconsideración del papel de los párrocos (que eran el 55.7% de los intelectuales catalogados, calificados como «el núcleo más importante de la intelectualidad del Nuevo Reino», por la centralidad de su papel orgánico, masivo y cotidiano de enlace con las masas). Y dos, una revisión de anteriores investigaciones sobre el surgimiento del oficio de maestro público; que culmina con una aseveración tajante: «*no existió* en el Nuevo Reino de Granada, hasta las dos últimas décadas del siglo XVIII, un *sujeto docente* bien configurado y diferenciado del clérigo letrado o del abogado». Ni aún los jesuítas, de comprobada vocación docente, parecen haber escapado a un régimen de relaciones saber/poder, donde los privilegios sociales, las relaciones familiares y las consideraciones de prestigio o de mejora económica pesaban más que las condiciones de saber; de modo que «para la primera mitad del siglo XVIII, no había cristalizado aún en forma definida un polo de *intelectualidad civil* con estricta vocación de letrado, que fuera capaz de vivir y pensar su destino como parte de un cuerpo que encuentra las referencias de su vida...en el plano de la *cultura intelectual*...fenómeno que debería posiblemente asociarse con el desarrollo del movimiento ilustrado», en la segunda mitad del siglo XVIII. (pag. 95)

La Ilustración: tema que, a modo de *basso continuo*, atraviesa de lado a lado el texto del profesor Silva, quien no oculta que este trabajo es sólo un «puerto provisional» hacia su gran proyecto: «tratar de entender las condiciones de ese espacio social y cultural en el que tomó forma el proceso de nuestra «mayoría de edad». Y entre tanto ese trabajo toma forma definitiva, esta escritura reticente y mañosa va marcando líneas de trabajo necesarias y límites tal vez definitivos: el mayor, la imposibilidad de recuperar la circulación viviente, y la «polivalencia táctica» cotidiana, de unos discursos que fueron producidos en un contexto masivamente oral. Y líneas de investigación que hay que ir coloreando poco a poco:

Reseñas

historias de vida de todos los personajes vinculados de cerca o de lejos con la cultura letrada: curas y monjas, intelectuales de provincia, comentadores parroquiales y «filósofos populares»; historias de los poderes locales y las distribuciones regionales; pero también historias eruditas de los autores leídos, de los textos recopilados y recitados; de los tipos de registros inventados para asegurar la eficacia diaria de los nuevos saberes; e historias de instituciones de saber, de las transformaciones de sus rituales y reglamentos; la lenta sustitución de sus fuentes de poder y prestigio, la erosión de sus sistemas de exclusión y selección... En esta dirección, la historiografía nacional deberá saludar alborozada el magnífico final del capítulo tercero, titulado «El padre Joseph Ortiz Morales (1658-1713), un clérigo colonial, cuenta su vida». Fino ejercicio de biografía intelectual, en la línea abierta por Cario Ginzburg; pero que en este caso, enriquecida por los análisis de prácticas de saber, y por las descripciones del perfil histórico de la intelectualidad colonial, es capaz de dar voz a esas «regiones silenciosas» que las otras historias dejaban ausentes. No puedo evitar el recordar acá la imagen de Umberto Eco *en Apostillas a El nombre de la rosa*, cuando advertía que sus lectores debían trepar con valor una ardua pendiente de más de cien páginas, para llegar al lugar desde donde el texto les podía descubrir un maravilloso paisaje.

Terminemos pues, anotando algo sobre este «nomadismo metodológico». La movilidad temática y la potencia crítica del trabajo de Silva nacen de su convicción de que los avances en el conocimientos de nuestra sociedad no dependen tanto de acumular documentación inédita, como de construir con ella series significativas, y sobre todo, de la capacidad «*de hacer girar el sistema de interrogaciones*» al cual se pueden someter. En «*Universidad*», varios de sus momentos más intensos se logran cuando, con métodos de la historia social, se apoya la descripción en conceptos generales como hegemonía o dominación, y éstos se rastrean a través de los procesos de alianza entre las élites: los lazos entre las familias poderosas de la región antioqueña y la Compañía de Jesús, o entre ésta y los clérigos criollos del Cabildo Eclesiástico de Santa Fe; o bien a través de la descripción de los procedimientos de selección y exclusión de los miembros de las corporaciones universitarias. Pero, a mi modo de ver, en ciertos momentos claves de la descripción, ésta pierde su fuerza demostrativa porque se echa de menos el nivel explicativo que se había alcanzado en «*Saber*», en donde los conceptos de hegemonía y dominación se rastreaban desde el punto de vista de la estructura de los saberes coloniales: el papel de la teología, del silogismo y del silogismo retorizado, el latín «como punto de concentración de diferencias», las Formas de transmisión del conocimiento (lectio, dictatio y disputatio); la ritualidad del discurso; y la cultura del manuscrito que acentuaba los criterios de autoridad y de repetición.

Lo cual, lejos de insinuar que había que resumir el primer libro en el segundo, es un argumento para sostener la validez y la potencia analítica y la pertinencia para la historiografía colombiana, tanto de una arqueología de los saberes tanto como de la historia social de la cultura. Cosa que no es tan simple como decirlo. Porque, a diferencia de otros historiadores nacionales, anquilosados en uno u otro de los «polos metodológicos», la versatilidad del investigador Silva ha probado, con ventura, que

cada tipo de método permite iluminar ángulos distintos, sacar a la luz estratos diversos de un archivo. Pero que esto es algo más que una mera suma de «puntos de vista» o una síntesis de «historia total». Se trata de saber cuándo las preguntas hechas desde un campo parecen haberse agotado en él, y es necesario saltar a otro lugar: de modo sorpresivo las viejas preguntas reanudan su murmullo en otro registro, en regiones antes no vistas por la historia. ¿Habrá que recordar la *propositio* de aquel ilustrado anti-ilustrado, M. Foucault: «Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunte quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir».

Oscar Saldarriaga Vélez
Investigador-Docente
Universidad Javeriana